

CAPÍTULO 6

Llegaron los alquitraneros, satisfechos de que hubiera terminado la jornada de trabajo.

Despertada por sus voces, la madre salió de la choza bostezando, sonriente.

—Ustedes trabajando, y yo, durmiendo, como una señora... —dijo, mirándolos con ternura.

—¡A ti se te perdona! —respondió Ribin. Estaba más tranquilo, disipado por la fatiga su exceso de agitación.

—Ignat —dijo—, ocúpate del té. Aquí nos ocupamos de la casa por turnos, y hoy le toca a Ignat darnos de comer y beber.

—Cedería con gusto mi turno —dijo éste, que, prestando oídos a la conversación, se puso a recoger virutas y ramitas para encender el fuego.

—Las visitas nos interesan a todos —dijo Efim, sentándose al lado de Sofía.

—Te ayudaré, Ignat —dijo quedamente Yákov, saliendo de la choza. Trajo una hogaza y empezó a cortar rebanadas y a distribuir las por la mesa.

—Calla —dijo suavemente Efim—. Oigo toser.

Ribin escuchó:

—Sí, ahí viene.

Y dirigiéndose a Sofía, explicó:

—Ahora vendrá un testigo. Yo lo llevaría por las ciudades, lo expondría en las plazas, para que el pueblo le oyera. Dice siempre lo mismo, pero sería necesario que todos lo escucharan.

El silencio y la oscuridad se iban haciendo más densos; sonaban más dulcemente las voces. Sofía y la madre observaban a los mujiks; todos ellos se movían lentamente, con pesadez, con una especie de pintoresca prudencia. Ellos también seguían los gestos de las dos mujeres.

Del bosque salió al calvero un hombre alto, encorvado, que andaba despacio, apoyándose con fuerza en un palo; se oía su respiración silbante.

—Aquí estoy —dijo, y se puso a toser.

Venía envuelto en un abrigo raído que le llegaba hasta los talones; bajo el sombrero, redondo y arrugado, le asomaban colgantes unos mechones de pelo ralo, amarillento y lacio. Una barbita rubia clara cubría su cara huesuda y amarilla; tenía la boca entreabierta; los ojos, muy hundidos bajo la frente, brillaban febriles en sus oscuras cuencas.

Cuando Ribin le hubo presentado a Sofía, el recién llegado preguntó:

—¿Parece ser que ha traído usted libros?

—Sí.

—Gracias. ¡Por el pueblo! Aún no puede comprender la verdad por sí mismo. Y yo, que la he comprendido, le doy las gracias en su hombre.

Respiraba con rapidez, tragándose el aire a pequeños sorbos, breves y ávidos. Hablaba con voz entrecortada. Los dedos huesudos de sus manos sin fuerza recorrían el pecho tratando de abrocharse los botones del abrigo.

—No es sano para usted venir tan tarde por el bosque. La vegetación está húmeda, y esto se agarra a la garganta —observó Sofía.

—Para mí ya no hay nada sano —respondió él jadeando—. Lo único que me curará será la muerte.

Daba pena oírlo, y toda su figura inspiraba una gran compasión, esa compasión que reconoce su impotencia y despierta una pena sombría. Se sentó en un tonel, doblando las piernas con tanta precaución como si temiera que se le fuesen a romper, y se enjugó la frente sudorosa. Sus cabellos estaban secos, muertos.

LA MADRE – MÁXIMO GORKI

Chisporroteó la hoguera, y de pronto todo se estremeció en derredor, balanceándose; las chamuscadas sombras se lanzaban medrosas al bosque, mientras aparecía y desaparecía sobre el fuego el rostro redondo de Ignat, de abultadas mejillas. El resplandor se apagó. Se sintió un olor a humo. De nuevo, el silencio y la bruma cercaron el pequeño claro, como si acechasen las roncadas palabras del enfermo.

—Pero todavía puedo ser útil al pueblo, como testigo de un crimen. Mire, míreme... Tengo veintiocho años y ya me estoy muriendo. Hace diez años me cargaba hasta doce puds de peso, ¡y como si nada! Con esta salud, pensaba yo, llegaré hasta los setenta, sin un traspie. He vivido diez y ya no puedo vivir más. Los patronos me han robado, me han arrebatado cuarenta años de vida, ¡cuarenta años!

—Esa es su cantinela —dijo sordamente Ribin.

De nuevo se encendió el fuego, pero ya con más fuerza y mayor resplandor. Volvieron las sombras a lanzarse al bosque, para refluir hacia las llamas, y temblaron en torno a la hoguera en silenciosa y hostil danza. Crepitaban y gemían las húmedas ramas. Rumoreaba susurrante el follaje de los árboles, agitado por una onda de aire cálido. Alegres y vivaces, jugueteaban las lenguas de fuego, abrazándose unas a otras; se elevaban, gualdas y rojas, chisporroteando en torno; una hoja ardiente levantó el vuelo, mientras en el cielo las estrellas sonreían a las chispas, a las que parecían llamar...

—No es mi cantinela. La cantan miles de personas, sin comprender que su vida desdichada es una lección saludable para el pueblo. ¡Cuántos inválidos, martirizados por el trabajo, mueren de hambre, en silencio...

Rompió a toser, partido en dos, tiritando...

Yákov puso sobre la mesa un cubo de kvas¹⁴ y, echando al lado un manojo de cebollas, dijo al enfermo:

—Ven, Saveli, te he traído leche.

Sacudió el otro negativamente la cabeza, pero Yákov lo tomó del brazo y lo acercó a la mesa.

¹⁴ Bebida elaborada a base de la fermentación del pan de centeno.

LA MADRE – MÁXIMO GORKI

—Escuche —dijo Sofía a Ribin, en voz baja y en tono de reproche—, ¿por qué lo ha hecho venir aquí? Puede morir de un momento a otro...

—Es posible —asintió Ribin— Mientras tanto, hay que dejarlo hablar. Ha arruinado su salud por nada, que aguante aún un poco por la humanidad. No es tan grave. ¡Eso es!

—¡Parece que usted se complace... no sé en qué! —exclamó Sofía.

Ribin le lanzó una ojeada y respondió acerbamente:

—Los señores son los que se deleitan con Cristo gimiendo en la cruz; pero nosotros sacamos del hombre enseñanzas, y quisiéramos que ustedes las aprovecharan.

Asustada, la madre le dijo:

—¡Bueno, ya basta!

Sentado a la mesa, el enfermo empezó a hablar de nuevo:

—Aniquilan a la gente con el trabajo. ¿Y para qué? Se le roba su vida, ¿y para qué?, me digo. Nuestro patrono (fue en la fábrica Nefedov donde he perdido mi vida), nuestro patrono regaló a su amante una jofaina de oro para su tocador, e incluso, ¡un orinal de oro! En este oro estaban mi fuerza y mi vida. Y se fueron en eso: un hombre me ha matado a trabajar para complacer a su amante, ¡con mi sangre le regaló un orinal de oro!

—El hombre fue creado a imagen y semejanza de Dios —dijo Efim sonriendo—, y ya vemos para lo que sirve.

—¡Pero tienes que proclamarlo! —gritó Ribin, golpeando la mesa con el puño.

—No hace falta que lo animes —añadió Yákov en voz baja.

Ignat sonrió.

LA MADRE – MÁXIMO GORKI

La madre observó que los tres hombres escuchaban con una insaciable atención de almas hambrientas, y cada vez que Ribin hablaba, parecían acecharlo, espiarlo. Las palabras de Saveli provocaron en sus rostros una sonrisa extraña, aguda. No había en ella compasión por el enfermo.

La madre se inclinó hacia Sofía, preguntándole muy bajo:

—¿Será verdad lo que dice?

—Sí, es verdad. Los periódicos hablaron de ese regalo. Fue en Moscú...

—Y no fue castigado —dijo Ribin—. Habría que vengarse, conducirlo a una plaza pública, descuartizarlo y arrojar a los perros su carne infecta. Grandes castigos habrá cuando el pueblo se levante. Hará derramar mucha sangre para lavar sus ofensas. Esta sangre es suya, ha sido extraída de sus venas, y le pertenece.

—Hace frío —dijo el enfermo.

Yákov lo ayudó a levantarse y aproximarse al fuego.

La hoguera ardía clara, y sombras informes temblaban a su alrededor, observando admiradas el alegre juego de las llamas. Saveli se sentó en un tocón y tendió hacia el calor sus manos secas y transparentes. Ribin lo señaló a Sofía con un ademán de su cabeza.

—Esto es más fuerte que los libros. Cuando una máquina arranca un brazo o mata a un obrero, se explica: la culpa ha sido de él. Pero cuando se chupa la sangre de un hombre y luego se lo arroja a un lado como una carroña, no hay explicación. Puedo comprender cualquier asesinato, pero torturar por placer, no lo comprendo. ¿Por qué se martiriza al pueblo, por qué se nos tortura? Por bromear, por divertirse, para entretenerse sobre la tierra, para que con nuestra sangre se pueda comprar todo: caballos, una cantante, cubiertos de plata, vajillas de oro, juguetes caros para los niños. Y tú trabaja, trabaja más, que yo pueda acumular la moneda de tu esfuerzo para ofrecer a mi amante un orinal de oro.

La madre escuchaba, miraba, y una vez más vio brillar en las tinieblas y extenderse, como una cinta luminosa, el camino que Pável había escogido con todos sus camaradas.

LA MADRE – MÁXIMO GORKI

Terminada la cena, se distribuyeron en torno a la hoguera; ante ellos, devorando rápidamente la leña, ardía el fuego; detrás, las tinieblas envolvían cielo y bosque. El enfermo, muy abiertos los ojos, miraba a las llamas, tosía sin cesar, todo él estremecido por un temblor; era como si los restos de su vida se arrancasen apresuradamente de su pecho, presurosos de abandonar aquel cuerpo agotado por la dolencia. Los reflejos de las llamas danzaban en su rostro sin animar la muerta piel. Únicamente los ojos del enfermo ardían con mortecina luz.

—¿No estarías mejor en la choza, Saveli? —preguntó Yákov, inclinándose hacia él.

—¿Por qué? —preguntó penosamente—. Prefiero quedarme aquí. No tengo ya tanto tiempo para estar entre los hombres.

Su mirada se paseó sobre sus camaradas, permaneció silencioso un instante y continuó, con pálida sonrisa:

—Estoy a gusto con ustedes. Los miro y pienso: quizá éstos venguen a los despojados, al pueblo, muerto por la codicia...

Nadie le contestó. Se adormilaba, la cabeza caída sobre el pecho. Ribin lo miró y dijo muy bajo:

—Viene a vernos, se sienta y nos cuenta siempre lo mismo: esa vejación hecha al hombre. En ella está toda su alma, es como si con eso le hubieran arrancado los ojos y ya no viera nada más.

—¿Qué puede decirse? —dijo pensativa la madre—. Si millares de hombres se matan trabajando día tras día para que el amo pueda tirar el dinero en cosas semejantes, ¿qué puede pedírseles?

—Es agobiante oírlo —dijo Ignat, también en voz baja—. Su historia no podría olvidarse aunque sólo se oyese una vez, ¡pero él la repite, siempre lo mismo!

—Es que, para él, ¡todo está en esa historia, toda su vida; compréndelo! —observó malhumorado Ribin—. Decenas de veces la he oído yo, y sin embargo, alguna vez que otra llego a dudar. Hay horas buenas en que no quieres creer en la villanía del hombre, en su locura... horas en las que se siente tanta lástima del rico

LA MADRE – MÁXIMO GORKI

como del pobre... porque el rico también se equivoca de camino. A unos los ciega el hambre, a otros el oro. Y piensas: ¡Ay, hombres!, ¡ay, hermanos! ¡Sacúdanse, reflexionen honradamente, sin piedad de ustedes mismos, reflexionen!

El enfermo tuvo un sobresalto, abrió los ojos y se tendió en el suelo. Yákov se levantó sin ruido, entró en la choza y trajo una piel de carnero con la que cubrió a Saveli; luego, volvió a sentarse al lado de Sofía.

La hoguera, de rostro bermejo y sonrisa provocativa, iluminaba las negras siluetas que la rodeaban, y las voces de los amigos se mezclaban pensativas con el dulce crepitar y el chisporroteo de las llamas.

Sofía hablaba de la lucha internacional de los pueblos para adquirir el derecho a la vida, de los antiguos combates de los campesinos de Alemania, de las desdichas de los irlandeses, de las grandes hazañas de los obreros franceses en sus frecuentes luchas por la libertad ... En el bosque revestido por el terciopelo de la noche, en el reducido claro limitado por los árboles, bajo la bóveda del cielo oscuro, ante el fuego, en un círculo de sombras admiradas y hostiles, iban resucitando los acontecimientos que pusieran en conmoción al mundo de los ahítos y de los ávidos; los pueblos de la tierra desfilaban, unos tras otros, manando sangre, extenuados por las luchas; eran recordados los nombres de los héroes de la libertad y de la verdad.

La voz algo opaca de la mujer sonaba dulcemente. Como si hubiera salido del pasado, iba despertando esperanzas, inspirando seguridad, y ellos escuchaban en silencio aquel relato sobre sus hermanos en espíritu.

Miraban al rostro de la mujer, pálido, delgado; ante ellos se iluminaba, con claridad cada vez mayor, la sagrada causa de todos los pueblos del mundo, la interminable lucha por la libertad. El hombre veía sus anhelos y pensamientos en la lejanía del pasado, cubierto por una oscura y sangrienta cortina, entre otros pueblos, desconocidos para él; y en su interior, con la inteligencia y el corazón, se incorporaba al mundo, veía en él a amigos que hacía tiempo, unidos por los mismos pensamientos, habían resuelto con firmeza lograr en la tierra la verdad, habían santificado su resolución con innumerables sufrimientos y derramado ríos de su propia sangre para conseguir el triunfo de una vida nueva, luminosa y alegre. Surgía y se desarrollaba el sentimiento de un parentesco espiritual con todos, nacía un nuevo corazón en la tierra, lleno del ardiente afán de comprenderlo todo y de unirlo todo en sí.

LA MADRE – MÁXIMO GORKI

—Llegará el día en que los trabajadores de todos los países alzarán la cabeza y dirán firmemente: «¡Basta! ¡No queremos más esta vida!» —decía Sofía con voz plena de certeza—. Entonces, se hundirá el ilusorio poderío de los que no tienen más fuerza que su avaricia. La tierra cederá bajo sus pies y no tendrán nada en qué apoyarse...

—¡Eso es lo que ocurrirá! —dijo Ribin, inclinando la cabeza—. Si el valor no falta, puede superarse todo.

La madre, muy alzada la ceja, con una sonrisa de jubiloso asombro, quieta en el rostro, escuchaba. Veía que todo lo brusco, lo sonoro, lo ampuloso, cuanto le pareciera superfluo en Sofía, había desaparecido, se había hundido en el torrente, igual y abrasador, de sus palabras. Le agradaba el silencio de la noche, los juegos de las llamas, el rostro de Sofía y, sobre todo, la grave atención de los mujiks. Permanecían inmóviles, esforzándose en no turbar el fluir tranquilo del relato, temiendo romper el hilo luminoso que los unía al mundo. Tan sólo de cuando en cuando alguno de ellos echaba con precaución un leño al fuego, y cuando de la hoguera se alzaba un enjambre de chispas y humo, lo apartaban de las mujeres, agitando la mano en el aire.

En un momento dado, Yákov se levantó y dijo en voz muy queda:

—Esperen un poco...

Fue corriendo a la choza, trajo de allí ropa de abrigo y, ayudado por Ignat, cubrió en silencio las piernas y los hombros de las mujeres. De nuevo habló Sofía, describiendo el día de la victoria, inculcando a los hombres la fe en sus propias fuerzas, despertando en ellos la conciencia de la comunidad con todos los que entregaban su vida al trabajo sin fruto, estéril, para las estúpidas diversiones de los ahítos. Las palabras no emocionaban a Nílovna, pero aquel sentimiento grande, despertado por el relato de Sofía y que abrazaba a todos, llenaba también su pecho de gratitud, de una muda oración por aquellas gentes que, arrostrando todos los peligros, iban hacia los aprisionados con las cadenas del trabajo, llevándoles los dones de la razón honrada, el presente del amor a la verdad.

«Ayúdalos, Señor», pensó, cerrando los ojos.

LA MADRE – MÁXIMO GORKI

Al amanecer, Sofía, fatigada, guardó silencio y, sonriendo, miró a las caras pensativas, iluminadas, que la rodeaban.

—Es hora de irnos —dijo la madre.

—Sí, ya es tiempo —respondió con cansancio Sofía.

Uno de los jóvenes suspiró ruidosamente.

—Lástima que se marchen —declaró Ribin, con una dulzura rara en él—. ¡Qué bien habla usted! ¡Es algo grande hermanar a los hombres! Cuando se sabe que hay millones de personas que quieren lo que uno mismo desea, el corazón se vuelve mejor, y en la bondad... ¡hay una gran fuerza!

—Si les hablas de bondad, te responden con un golpe de horquilla —bromeó en voz baja Efim, levantándose ágilmente—. Tienen que marcharse, tío Mijaíl, antes de que nadie las vea. Repartiremos los libros, y cuando las autoridades se pongan a indagar de dónde han salido, alguien recordará que una vez llegaron unas peregrinas...

Ribin le interrumpió:

—Bueno, madre, ¡gracias por el trabajo que te has impuesto! . Cuando te miro pienso todo el tiempo en Pável. Has tomado un buen camino.

Amansado, tenía una ancha y bondadosa sonrisa. Hacía frío y él estaba con sólo la blusa, el cuello abierto, el pecho al aire. La madre examinó la maciza figura y le aconsejó amistosamente:

—Debes ponerte algo encima, hace frío.

—El calor está dentro —respondió él.

Los tres jóvenes, plantados junto a la hoguera, conversaban en voz baja; a sus pies, cubierto con pellizas, yacía el enfermo. Palidecía el cielo, iban desvaneciéndose las sombras y temblaban las hojas de los árboles, esperando al sol.

—Bien, adiós —dijo Ribin, estrechando la mano de Sofía—. ¿Cómo puedo encontrarla en la ciudad?

LA MADRE – MÁXIMO GORKI

—Tienes que buscarme a mí —dijo la madre.

Lentamente, los tres muchachos, uno al lado del otro, se acercaron a Sofía y le dieron la mano sin decir nada, con una torpeza afectuosa. Se veía claramente que todos estaban penetrados de gratitud y amistad, y este sentimiento los turbaba, sin duda, por su novedad. Con una sonrisa en los ojos, enrojecidos por el insomnio, miraban en silencio a Sofía, apoyándose alternativamente sobre uno y otro pie.

—¿No tomarán un poco de leche antes de marcharse? —preguntó Yákov.

—¿Queda todavía? —dijo Efim.

Ignat pasó la mano por sus cabellos y, con aire confuso, declaró:

—No, se me ha derramado ... y los tres sonrieron.

Hablaban de la leche, pero la madre comprendía que pensaban en otra cosa; que, sin palabras, deseaban a ambas, Sofía y ella, todo el bien posible. Esto conmovió visiblemente a Sofía, provocándole una turbación, una especie de pudorosa modestia, que no le permitió decir más que un débil «Gracias, camaradas.»

Se miraron unos a otros como si esta palabra los hubiese hecho vacilar gratamente.

La ronca tos del enfermo resonó. En la lumbre, se apagaban los rescoldos.

—Adiós —dijeron a media voz los mujics, y esta melancólica palabra acompañó largo tiempo a las mujeres.

Ellas, sin apresurarse, se adentraron por una senda del bosque, envueltas en la penumbra anterior a la amanecida; la madre, andando detrás de Sofía, dijo:

—¡Qué bien ha resultado todo esto! ¡Tan bien como si hubiera sido un sueño! Quieren saber la verdad, amiga mía, ¡lo quieren! Recordaba la iglesia antes de la misa de alba en un día de fiesta mayor. El cura no ha llegado aún, está oscuro, tan tranquilo todo que da miedo. Empieza a venir gente, uno enciende un cirio ante un icono, otro ante otra imagen..., y poco a poco se destierran las tinieblas y se ilumina la casa de Dios.

LA MADRE – MÁXIMO GORKI

—¡Es verdad! —respondió alegremente Sofía—. Sólo que ahora la casa de Dios es la tierra entera.

—La tierra entera—repitió la madre, moviendo pensativamente la cabeza—. Eso es tan bueno que cuesta trabajo creerlo. Habló usted muy bien, querida Sofía, muy bien. Y yo que tenía miedo de que no les gustase...

Sofía tardó un instante en responder, luego dijo en voz baja y sin alegría:

—Al lado de ellos una se vuelve más sencilla.

Caminaban hablando de Ribin, del enfermo, de los muchachos, que, silenciosos, habían escuchado con tanta atención y expresado con tanta torpeza, pero de modo elocuente, sus sentimientos de agradecida amistad, prodigando a las mujeres pequeños cuidados. Salieron al campo. El sol se alzaba a su encuentro. Invisible aún, había desplegado en el cielo un transparente abanico de rayos rosáceos, y en la hierba centelleaban las gotas de rocío en multicolores chispas de gozo y alegría primaverales. Los pájaros se despertaban, animando la mañana con sus jubilosos gritos. Graznando diligentes, moviendo pesadamente las alas, volaban unos cuervos gordos; en algún sitio silbaba inquieta una oropéndola. La lejanía iba descubriéndose, desnudando las cumbres de la sombra nocturna y yendo al encuentro del sol.

—Hay veces en que alguien habla y habla y no se le comprende, hasta que llega el momento en que dice algo, alguna palabra, la más sencilla, y de pronto, esa palabra ilumina todo —dijo soñadoramente la madre—. Es como ese enfermo... He oído muchas veces, y lo sé por mí misma, cómo se explota a los obreros en la fábrica y en todas partes. Se acostumbra una desde pequeña, Y no afecta demasiado. Y, de pronto, él ha dicho algo tan humillante, tan repulsivo... ¡Señor! ¿Es posible que los hombres pasen toda su vida trabajando para que los amos se permitan semejantes disparates? Esto no puede justificarse.

El pensamiento de la madre se detuvo en la historia que el enfermo había referido, cuya estupidez e insolencia le aclararon muchas extravagancias que en otro tiempo ella había conocido y olvidado.

—Por lo que se ve, ¡están ya hartos de todo y sienten náuseas! Conocía yo a un jefe de zemstvo que obligaba a los mujiks a inclinarse ante su caballo cuando iba

LA MADRE – MÁXIMO GORKI

por el pueblo con él, y al que no se inclinaba lo mandaba encarcelar. ¿Para qué necesitaba hacer aquello? No es posible comprenderlo, ¡no es posible!

Sofía comenzó a canturrear una canción alerta y triunfante como la mañana.

CAPÍTULO 7

La vida de Nílovna fluía con una calma extraña. Aquella calma la sorprendía a veces. El hijo estaba en la cárcel; ella sabía que le esperaba una dura condena, pero siempre que pensaba en él, su memoria, en contra de su voluntad, hacía surgir ante ella a Andréi, a Fedia y a otras muchas personas conocidas. La figura del hijo, absorbiendo a todas aquellas gentes de idéntico destino, crecía ante sus ojos, despertando un sentimiento de meditativa contemplación que, involuntaria e imperceptiblemente, ensanchaba los pensamientos acerca de Pável, dispersándolos en todas direcciones. Estos pensamientos se fraccionaban, a veces, en pequeños rayos desiguales, desfloraban todo, querían iluminarlo todo, reunir todo en un solo cuadro, prohibiéndole detenerse en ningún detalle aislado, distrayéndola de su dolor y del miedo que el destino de su hijo le inspiraba.

Sofía se marchó pronto; unos cinco días después reapareció, alegre y animosa, para desaparecer de nuevo a las pocas horas y volver otra vez, pasadas unas dos semanas. Era como si volase por la vida describiendo amplios círculos y se asomara de cuando en cuando a ver al hermano para llenarle la vivienda con su aliento y su música.

La música le era ya grata a la madre. Al oírla sentía que unas oleadas cálidas batían en su pecho, afluían a su corazón, que latía con ritmo más igual, y como el grano en la tierra, regada con abundancia, profundamente arada, iban creciendo en él con rapidez y brío oleadas de pensamientos, florecían leves y hermosas las palabras, despertadas por la fuerza de los sonidos.

La madre se resignaba difícilmente al desorden de Sofía, que dejaba por todos los rincones sus objetos personales, colillas y ceniza, y se acostumbraba aún más difícilmente a su osada manera de hablar; era demasiado grande el contraste con la gravedad inalterable y dulce de Nikolái, la tranquila serenidad de sus palabras. Sofía le parecía una adolescente que tuviera prisa en parecer una persona mayor y que mirase a las gentes como curiosos juguetes. Hablaba mucho de la santidad del trabajo y aumentaba tontamente la tarea de la madre con su negligencia, discurría sobre libertad y la madre veía que cohibía a todos por su impaciencia tajante, por sus incesantes discusiones. Había en Sofía mucho de contradictorio, por lo que la madre

LA MADRE – MÁXIMO GORKI

la trataba con suma cautela y atención cuidadosa, sin el cálido afecto constante que Nikolái despertaba en su corazón.

Nikolái, siempre preocupado, llevaba día tras día la misma existencia regular y monótona: a las ocho de la mañana tomaba el té y, mientras leía el periódico, iba comunicando a la madre las novedades. Al oírlo, ella veía con asombrosa claridad cómo la pesada máquina de la vida molía sin piedad a los hombres, convirtiéndolos en dinero. Percibía en él algo de común con Andréi. Como el jojol, hablaba de los hombres sin animadversión, considerándolos a todos culpables de la mala organización de la vida, pero su fe en la nueva vida no era tan ardiente, ni tan luminosa como la de Andréi. Hablaba siempre en tono reposado, con voz de juez integro y severo; y aunque sonreía con dulce sonrisa de compasión, hasta cuando contaba cosas terribles, sus ojos brillaban con frialdad y firmeza. Al ver aquel brillo, la madre comprendía que Nikolái no perdonaba nada ni a nadie, que no podía perdonar, y al sentir lo penoso que había de serle tal firmeza, se compadecía de Nikolái, quien le agradaba cada vez más.

A las nueve se iba a la oficina. Ella arreglaba la casa, preparaba la comida, se lavaba, se ponía un vestido limpio y, sentada en la salita, miraba los grabados de los libros. Ahora sabía leer bien, pero la lectura exigía una tensión que la fatigaba pronto y le borraba el sentido de las palabras. Por el contrario, las imágenes la distraían como a un niño, le descubrían un mundo comprensible, casi palpable, nuevo y maravilloso. Veía surgir ciudades inmensas, magníficos edificios, máquinas, navíos, monumentos, las incalculables riquezas creadas por el hombre, las obras de la naturaleza cuya diversidad emocionaba su espíritu. La vida se extendía hasta el infinito, revelándole cada día cosas enormes, inauditas, mágicas, y ante la abundancia de tales riquezas, la infinitud de tanta belleza, sentía excitarse el hambre de su alma que despertaba. Le gustaba, sobre todo, hojear un libro de láminas de zoología; aunque estuviese escrito en una lengua extranjera, era el que mejor representaba para ella la hermosura, la riqueza, la inmensidad de la tierra.

—¡Qué grande es el mundo! —decía a Nikolái.

Lo que más la emocionaba eran los insectos, y sobre todo, las mariposas; observaba con sorpresa los dibujos que las representaban, y razonaba así:

—¡Qué hermosura, Nikolái Ivánovich! ¿Verdad? ¡Y cuánta belleza como ésta hay por todas partes! Pero todo se esconde a nuestros ojos y vuela ante nosotros sin

LA MADRE – MÁXIMO GORKI

que lo veamos. La gente va de aquí para allá, sin saber nada, sin poder admirar nada, porque no le queda ni gana ni tiempo para ello. ¡Cuántas alegrías podrían tener si supieran lo rica que es la tierra y las muchas cosas asombrosas que existen en ella! Y todo para todos, cada uno para todo, ¿verdad?

—¡Muy cierto! —respondía Nikolái sonriendo. Y le traía más libros con grabados.

Por las tardes, se reunían con frecuencia algunos amigos; venía Alexéi Vasílievich, hombre guapo de rostro pálido y barba negra, grave y taciturno; Román Petróvich, de cabeza redonda y cutis granujiento, que chasqueaba continuamente los labios con expresión de lástima; Iván Danílovich, pequeño y flacucho, de puntiaguda barbita, voz atiplada, agresiva, chillón y punzante como una lezna; Egor, que siempre se burlaba de sí mismo, de sus camaradas y de su enfermedad, que iba minándole más y más. Se presentaban también otras personas llegadas de ciudades lejanas. Nikolái sostenía con todos largas charlas en voz baja, siempre sobre lo mismo, sobre los obreros de toda la tierra.

Discutían, se acaloraban, agitando mucho los brazos, y bebían grandes cantidades de té; a veces, Nikolái, entre el ruido de las conversaciones, componía en silencio proclamas; después las leía a los camaradas; allí mismo las copiaban en caracteres de imprenta, y la madre recogía cuidadosamente los trocitos de los borradores rotos y los quemaba.

Mientras les servía el té, se admiraba del ardor con que hablaban de la vida y la suerte de los trabajadores, del medio más rápido de sembrar entre ellos la verdad, de elevarles la moral. Frecuentemente, divergían las opiniones, se querellaban, se acusaban mutuamente, algunos se irritaban, y volvían a empezar la discusión.

A la madre le parecía que ella conocía mejor la vida de los obreros, y que veía con más claridad la inmensidad de la tarea que se habían propuesto, lo que le permitía tratarlos con la condescendencia un poco melancólica de una persona mayor hacia los niños que juegan a los matrimonios, sin comprender sus tragedias.

Involuntariamente, comparaba sus peroratas con las de su hijo y las de Andréi, y percibía la diferencia que al principio se le escapaba. A veces, tenía la impresión de que se gritaba aquí más fuerte que en el barrio, lo que se explicaba pensando: «como saben más, hablan más alto».

LA MADRE – MÁXIMO GORKI

Pero con harta frecuencia le parecía que todos aquellos hombres se exasperaban adrede, que su excitación era sólo aparente, como si cada uno de ellos quisiera demostrar a los demás camaradas que se encontraba más cerca de la verdad y sentía por ésta más amor; los demás se ofendían por ello, y a su vez, para demostrar su proximidad a la verdad, se ponían a discutir con dureza y grosería. Cada uno quería subir más alto que el otro, y la madre experimentaba una inquieta tristeza. Alzaba las cejas mirándolos con aire suplicante y pensaba:

« Se han olvidado de Pasha y de sus camaradas...»

Tenso el espíritu, escuchaba las disputas que, por supuesto, no entendía, tratando de separar los sentimientos de las palabras. Cuando en el barrio hablaban del «bien», lo abarcaban en conjunto, en su totalidad, en tanto que aquí todo se dividía en pequeños trozos y se disminuía, allí se sentía con mayor fuerza y profundidad lo que aquí se desmigajaba en el dominio de los pensamientos sutiles.

Se hablaba más de la destrucción del antiguo orden, mientras que allá se soñaba en el nuevo, lo que hacía que las frases de su hijo y de Andréi le fuesen más comprensibles, estuviesen más a su alcance. Observaba que cuando venía algún obrero, Nikolái parecía más libre. Una expresión dulce asomaba a su rostro, y hablaba de modo diferente, si no con mayor grosería, sí con menos negligencia.

«Hace lo que puede para que lo comprendan», pensaba Pelagueia.

Pero esto no la consolaba y veía que el visitante obrero se removía lo mismo que si estuviera atado por dentro, y que no podía hablar tan lisa y llanamente como lo hacía con ella, mujer sencilla. Una vez, cuando Nikolái salió, ella le dijo a un muchacho:

—¿Por qué te cohíbes? No eres un chiquillo que está examinándose.

El muchacho tuvo una franca sonrisa:

—Hasta los cangrejos se ponen encarnados cuando no están en su ambiente. El no es de los nuestros...

A veces, venía Sáshenka, nunca por mucho tiempo, siempre hablando de cosas prácticas, sin reírse, y al marchar, no dejaba de preguntarle a la madre:

LA MADRE – MÁXIMO GORKI

—¿Cómo está Pável Mijáilovich? ¿Bien de salud?

—Gracias a Dios está bien, y de buen humor.

—Salúdele de mi parte —decía la muchacha, y desaparecía.

A veces, la madre se lamentaba de que retuviesen a Pável tanto tiempo y de que no empezara el juicio. Sáshenka fruncía el ceño y callaba, mas sus dedos se movían con rapidez.

Nílovna se moría de ganas de decirle:

«Querida mía, ya sé que lo amas...»

Pero no se atrevía. El severo aspecto de la joven, sus labios fuertemente apretados, su tono preocupado y seco, parecían rechazar de antemano cualquier caricia. Con un suspiro, la madre estrechaba su mano sin decir nada, pensando:

«Qué desgraciada te sientes, hija mía...»

Un día vino Natasha. Se alegró mucho de ver a la madre, la besó y, en voz baja, le dijo:

—Mi madre ha muerto, ¡se ha muerto la pobre...!

Sacudió la cabeza, se enjugó con rapidez las lágrimas y prosiguió:

—Estoy muy triste. No tenía aún cincuenta años, habría podido vivir todavía mucho tiempo. Pero, por otra parte, puede decirse que la muerte le será más leve que la vida. Estaba siempre sola, era una extraña para todos. Nadie la necesitaba, todos temían a mi padre... ¿Es que verdaderamente vivía? Se vive cuando se espera algo bueno, pero ella no tenía nada que esperar, sólo humillaciones.

—Eso es muy cierto, Natasha —dijo la madre, tras un momento de reflexión—. Se vive cuando se espera algo bueno y, si no se espera nada, no es una vida.

Acariciando afectuosamente la mano de la muchacha, añadió:

LA MADRE – MÁXIMO GORKI

—¿Y ahora está usted sola?

—Sola —contestó Natasha, sin pena.

La madre guardó silencio; y de repente, observó con una sonrisa:

—No se preocupe. Cuando se es bueno nunca se está solo, y hay muchas personas que la quieren a usted.

CAPÍTULO 8

Natasha entró a trabajar de maestra en una fábrica de tejidos de la comarca, y la madre empezó a llevarle libros prohibidos, proclamas, periódicos...

Ello constituía su ocupación más importante. Varias veces al mes, vestida de religiosa, de vendedora de encajes y tejidos hechos a mano, de pequeñoburguesa acomodada o de peregrina errante, iba por los pueblos de la provincia, a pie o en tren, con un mochila al hombro o una maleta en la mano. En los vagones y en los barcos, en los hoteles o en las posadas se comportaba con tranquilidad y sencillez, era la primera en dirigir la palabra a los desconocidos y llamaba irresistiblemente la atención por su hablar cariñoso, su carácter sociable y sus decididos modales de persona experimentada que ha visto mucho mundo.

Le gustaba hablar con la gente, le agradaba escuchar sus relatos sobre la vida, sus quejas y sus dudas. El corazón se le inundaba de gozo cada vez que advertía en una persona ese agudo descontento, que, protestando contra los embates del destino, busca afanosamente respuesta a las preguntas que han surgido en la mente. Ante ella se desplegaba, cada vez más abigarrado y amplio, el cuadro de la vida humana, de la vida agitada e inquieta en lucha por la hartura. Por todas partes se veía con claridad la tendencia, groseramente desnuda y cínicamente descarada, de engañar al hombre, de despojarlo, de extraer de él el mayor provecho posible en beneficio propio, de chuparle la sangre. Veía también que en la tierra había de todo en abundancia, mientras el pueblo estaba necesitado y vivía semihambriento, rodeado de innumerables riquezas. En las ciudades se alzaban templos abarrotados de oro y plata, que no eran necesarios a Dios, mientras en los atrios tiritaban los mendigos, esperando en vano que alguien depositara una monedita de cobre en su mano. Aquello lo había visto también antes: opulentas iglesias, casullas sacerdotales bordadas en oro, los tugurios de la gente pobre y sus ignominiosos harapos; pero entonces le había parecido natural, mientras que ahora lo consideraba como inadmisibile e insultante para los pobres, para quienes la iglesia, bien lo sabía ella, estaba más cerca y era más necesaria que para los ricos.

Por los cuadros que representaban a Cristo y por los relatos acerca de él, ella sabía que era amigo de los pobres, que se vestía con sencillez y, sin embargo, en las

LA MADRE – MÁXIMO GORKI

iglesias adonde acudían los menesterosos en busca de consuelo, lo veía aprisionado entre el insolente oro y sedas que susurraban con desdeñoso frufrú a la vista de la miseria, e involuntariamente, las palabras de Ribin le venían a la memoria:

—Incluso de Dios se sirven para engañarnos.

Sin darse cuenta, rezaba menos, pero pensaba más en Cristo y en los que, sin nombrarlo, hasta fingiendo ignorarlo, vivían (así le parecía a ella) según sus preceptos y semejantes a Él; pensaba que la tierra era el reino de los pobres y quería distribuir por igual entre los hombres todas las riquezas de este mundo. Pensaba mucho en ello, y este pensamiento crecía en su alma, lo profundizaba y refería a él todo lo que veía, y esta idea, desarrollándose, tomaba la forma luminosa de una plegaria que se esparcía en claridad igual sobre el sombrío mundo, sobre toda la vida y todos los seres. Parecía a la madre que él propio Cristo, a quien siempre había amado con un amor confuso, con un complejo sentimiento en que el miedo se mezclaba inextricablemente a la esperanza, estaba ahora más cerca de ella y era ya otro, más elevado y visible, de faz más radiante e iluminada, como si en realidad hubiera resucitado para la vida, purificado y reanimado por la ardiente sangre que los hombres vertieran con generosidad en su nombre, sin invocar, pudorosamente, al desdichado amigo del género humano. La madre volvía siempre de estos viajes alegremente conmovida, por lo que en el camino había visto y oído, animada y satisfecha por haber cumplido su misión.

—Es bueno viajar tanto y ver tantas cosas —decía por la noche a Nikolái—. Se comprende lo que es la vida. El pueblo es mantenido al margen; echado a un lado, hecho a la humillación, lo acepta, pero no lo acepta de buen grado, y se dice: «¿Por qué me aíslan? ¿Por qué tengo hambre? Hay abundancia de todo. ¿Y por qué soy estúpido e ignorante cuando existe por todas partes tanta inteligencia? ¿Dónde está el Dios misericordioso para quien no hay ricos ni pobres, sino que todos somos sus hijos, amados de su corazón?» Poco a poco el pueblo se va rebelando contra su existencia; siente que la mentira le ahogará, si él no piensa en sí mismo.

Y cada vez con mayor frecuencia, sentía la necesidad imperiosa de hablar, con sus palabras, a la gente acerca de las injusticias de la vida; y en ocasiones, le era difícil sofocar el deseo...

Cuando Nikolái la sorprendía mirando estampas, sonriendo, le contaba siempre algo maravilloso.

LA MADRE – MÁXIMO GORKI

Admirada de la audacia de los problemas que los hombres se planteaban, preguntaba a Nikolái en tono incrédulo:

—¿Pero eso es posible?

Y él, tenazmente, con inquebrantable convicción en la verdad de sus predicciones, mirándola a través de las gafas con sus bondadosos ojos, le iba refiriendo cuentos sobre el futuro.

— Los anhelos del hombre no tienen medida, sus fuerzas son inagotables; mas, a pesar de todo, en lo que atañe al espíritu, el mundo se enriquece muy lentamente, porque cada cual, deseando liberarse de su dependencia, se ve obligado a amontonar dinero en vez de conocimientos. Pero cuando los hombres maten la codicia, cuando se liberen de la prisión del trabajo forzado...

Ella raramente alcanzaba el sentido de sus palabras, pero la serena fe que las animaba le era cada vez más asequible.

—En la tierra son pocos, demasiado pocos, los hombres libres; ¡esa es la desgracia! —decía él.

Ella comprendía esto, conocía gentes que se habían liberado de la rapacidad y la maldad, y se daba cuenta de que si el número de estos seres aumentaba, el sombrío y terrible rostro de la existencia sería más acogedor y sencillo, mejor y más claro.

—El hombre se ve forzado a ser cruel a pesar suyo —decía con tristeza Nikolái.

La madre asentía inclinando la cabeza, y recordaba las palabras del jojol.